

por ANNA
M^a IGLESIA

«Quisiera a veces poder volver a pintar. No esos tristes dibujitos que estaba haciendo de reojo cuando decidí dejarlo para más bien ponerme a escribir, sino cuadros grandes, como antes, en los que cabía el mundo», escribe David desde Colombia, país al que ha regresado tras continuos desplazamientos. Todavía consigue ver algo, si bien su visión se deteriora sin que nada pueda evitarlo. Acompañado de tres personas —Ángela, su marido y su hijo— que le ayudan en el día a día, David vive su vejez a través de esa vida que fue y de la que ya sólo queda el recuer-

do en torno a la eutanasia. En *La luz difícil* la muerte está muy presente, pero también lo está la vida. «Ninguno quería la muerte, ni él, ni ella, ni yo, ni nadie, y la vida se aferra a este mundo con algo parecido al desvarío», escribe David recordando ese día en que Jacobo partió junto a su hermano a Portland para poder conseguir una muerte digna.

Paradójicamente, fue el accidente de Jacobo lo que hizo que David, un artista a quien el éxito tardó en llegar, se aferrara a la vida de una manera distinta. Del mismo modo, es la vejez, vivida a través de la escritura, la que lo reconecta con la vida, pro-

Cuajada de emotiva y serena belleza, esta novela de Tomás González sobre un artista anciano y casi ciego que ha visto morir a su hijo muestra cómo la vida se entrelaza con el arte y lo transforma

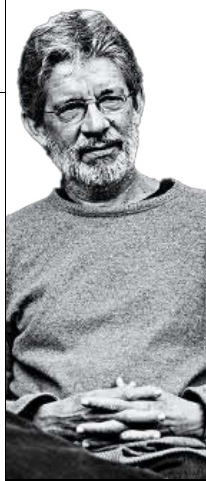
La luz y sus proyecciones: un viaje entre el arte y la muerte

do: su mujer, fallecida pocos años atrás; sus años en Miami; los transcurridos en Nueva York; el accidente que dejó parapléjico a su hijo Jacobo y la dramática decisión de este de poner fin a una vida de inhumanos dolores.

La muerte voluntaria de Jacobo es el eje de *La luz difícil*, novela del escritor colombiano Tomás González (Medellín, 1950) publicada en 2011 y que ahora, tras cosechar enorme éxito en toda Latinoamérica, la editorial Sexto Piso recupera en España. Al contrario de lo que puede pensarse, la de González no es exclusivamente una novela sobre el duelo. Si bien la muerte del hijo es el hilo conductor, tampoco puede definirse como una obra

yectando, a través de los recuerdos, una nueva luz sobre todo lo vivido.

En este sentido, *La luz difícil* puede definirse como una novela en torno a la vejez y, al mismo tiempo, como una novela de artista, en cuanto nos narra, a través de la figura de David, la evolución de un pintor y de su relación con el arte: del artista que exige su espacio y silencio para crear, siempre en busca «del agua y de la luz» apropiadas, ensimismado en una obra que no le reporta ni reconocimiento ni beneficios, y constantemente embargado de «abundancia artística», de tal intensidad de trabajo que se olvidaba «hasta de fumar y de tomar café».



**TOMÁS
GONZÁLEZ**
LA LUZ DIFÍCIL
Sexto Piso. 152
páginas. 16,90 €

**EL MISTERIO DE
LA EXISTENCIA**
“Todos pasamos por el dolor que nos producen el sufrimiento y la muerte de las personas que queremos, es parte de la vida. Ambas, vida y muerte, estar y no estar, son hechos asombrosos, acontecimientos tan grandes que uno no los va a entender nunca”, reflexiona González.
“Cada persona se enfrenta a esos hechos de manera distinta y la creación de personajes consiste en ver cómo ese personaje entiende su propia muerte y qué es la vida. Eso es lo que lo hace único”

Asimismo, vemos la transformación: el artista preocupado por su éxito da paso, lentamente, a uno para el que todo esto se vuelve una trivialidad, que escapa de la atención de los medios y que siente hartazgo hacia el interés de la crítica, rehuyendo siempre que puede las entrevistas en las que lo desesperan «con preguntas tediosas y difíciles de contestar sobre el Post-esto y el Post-aquello o sobre el Neo-esto y el Neo-de lo de más allá». El artista evoluciona y su mirada se evoluciona: «¿Cómo puede cambiar tanto una pintura con seis o siete toques que se hacen en menos de cinco minutos!», exclama, pero, «la lucha no es tanto con el pincel sino con la mirada, con las puertas de la percepción, que se resisten a abrirse o entreabrirse siquiera».

Como su propio título indica, la de González es una novela sobre la luz, sobre sus distintas proyecciones. La narración de David es una especie de pintura en la que confluyen las diferentes luces proyectadas a lo largo de toda una vida y de esa confluencia aparece una nueva luz, quizás, la más difícil de todas, pues paradójicamente es la luz que nace de la ceguera. Pero esa oscuridad que acaba rodeando a David se vuelve vitalista en la medida en que se convierte en una percepción serena del pasado, una percepción que no excluye el dolor, pero que lo integra junto a todo lo demás: «Todavía me abruma lo ocurrido, por supuesto, y me hace fumar y acostarme a dormir un poco, pues fue duro. Pero la alegría aflora siempre o casi siempre, como trozo de madera en el agua, no importa lo profundo del horror de lo vivido».

En un ejercicio de écfasis, de convertir una imagen en palabras, el relato de David narra su pintura y los vaivenes de su mirada sobre el arte, que va cambiando con el tiempo. El artista ensimismado es golpeado y transformado por la vida. Y al final, González demuestra que la vida penetra en el arte, incluso en aquel que nació a sus espaldas. **L**